

Húmedas humoradas irlandesas

Libros Por Jon Juaristi.

En 1915 se publicaron en Dublín las memorias de An tAthair Peadar (o «Father Peter»), seudónimo del sacerdote católico Peter O'Leary (1839-1920), también conocido en Irlanda como Padre Pedro: así, en español, con esa aliteración que tan divertida suena en los tímpanos hiberneses, sin cuya perversa sensibilidad para el aspecto decorativo del lenguaje sería imposible comprender a Joyce. El padre O'Leary tenía otros méritos para ser rebautizado en nuestro idioma, porque lo aprendió y difundió en Irlanda el conocimiento de los clásicos castellanos. Entre otras cosas, tradujo al gaélico El Quijote. En versión abreviada. Mo Scéal Féin («Mi Propia Vida») fue saludado como la obra maestra de la literatura gaélica contemporánea. Y es un texto de excepcional importancia, porque en él se levanta acta de la extinción de la Irlanda tradicional, y de la cultura vernácula que la había caracterizado, erradicada de la mayor parte del territorio por la hambruna del XIX y la masiva emigración a América, de las que el Padre Pedro fue testigo.

«Cara de hambre». Tuvo éste, además, la melancólica conciencia de ser un póstumo en los tiempos del nacionalismo, que, en Irlanda, vale decir modernidad, civilización urbana y lengua inglesa. O sea, el Dublín del Renacimiento Céltico, de Yeats, Synge, Lady Gregory, O'Casey y, desde luego, Joyce. De ahí que el discurso de su vida esté trufado de latiguillos enfáticos, que se pretendían heredados del antiguo estilo poético predominante en la Irlanda Gaélica, un pastiche arcaizante que O'Leary pensaba haberle sido destinado poco menos que por la Providencia, haciéndole albacea del «vigor» y la «fuerza» de una lengua muy distinta del incoloro gaélico del presente. En suma, el Padre Pedro era un casticista, y el casticismo convenía al nacionalismo irlandés anglófono para reducir el gaélico a una mera nomenclatura administrativa, heráldica, mientras los restos de la lengua viva se iban apagando en el noroeste, el Gaeltacht, una especie de parque temático de la Irlanda que pudo haber sido y no fue, con las míticas islas de Aran como recurso a explotar por la literatura (Synge) o

el cine (Flaherty).

La boca pobre constituye la sátira más feroz jamás escrita contra la impostura lingüística del nacionalismo irlandés, y fue compuesta en un gaélico excelente por un joven periodista, de apenas treinta años, en quien Joyce veía ya el más grande talento cómico de la isla desde los tiempos de Swift. An béal bocht («La boca pobre») es una expresión intraducible, cuyo significado en español vendría a ser «cara de hambre» o algo parecido: la expresión compungida que uno adopta cuando quiere inspirar compasión. Posiblemente, no se acuñó antes de la Gran Hambruna del XIX. Flann O'Brien, nombre del autor de la novela en su versión inglesa, no era más que otro entre los varios nombres de pluma utilizados por Brian O'Nolan (1911-1966), que firmaba sus artículos periodísticos como Myles na gCopaleen.

Eficaz esperpento. Publicada en 1941, La boca pobre recuerda, en algunos aspectos, a La familia de Pascual Duarte, que apareció el año siguiente. Como el de ésta, el protagonista de la novela de O'Brien es un miserable patán del Gaeltacht, Bonaparte Ó Cúnasa, cuya desdichada existencia concluirá también en la cárcel. Quizá O'Brien fuera deudor de la tradición picaresca española, pero, al contrario que Cela, no derivó hacia la truculencia. Su verdadera raíz estaba en la sátira menipea, con su mezcla de géneros altos y bajos y sus parodias lingüísticas, en la línea de Swift y de Joyce, que lo alejó del realismo.

O'Brien convirtió el estilo del Padre Pedro en un esperpento efficacísimo, pastiche de un pastiche, que sumerge en un vórtice carnavalesco toda la literatura gaélica, desde los ciclos épicos del Ulster a la lírica amorosa popular cuyo conocimiento habían divulgado las traducciones de Douglas Hyde y Lady Ann Gregory. Y ese poderoso zapapico verbal no dejó nada en pie, ni la retórica del nacionalismo, ni las idealizaciones vaporosas de la lengua promovidas por la Liga Gaélica (de la que el Padre Pedro había sido piedra fundacional), ni siquiera la política británica que había convertido Irlanda en un laboratorio para ensayar reformas sociales. El resultado es risa demoledora. Irlanda reflejada en lo que Joyce llamó, con sorna, la gran metáfora del arte irlandés: el espejo roto de una criada.